

La escritura secreta

de Susana Sierra

Lelia Driben

Hablar o escribir sobre la obra de Susana Sierra es penetrar en el camino de una larga, elaborada y con justicia consagrada producción que, pese a los cambios necesarios, siempre es fiel a sí misma. Además, sucede como en muchas otras pinturas abstractas: no es fácil acercarse a ellas tratando de organizar un discurso crítico, aun teniendo en cuenta la tensión que siempre se genera entre el lenguaje de los iconos visuales y el de los signos escritos. Es como si cada cuadro, su articulación abstracta, se replegara en sí, en el rumor apenas audible o perceptible de sus formas y puestas de la pintura, de modo tal que excluye a otros lenguajes, los aparta, los llama al silencio. No hay otra posibilidad, si se desea enfocar la pintura de Susana Sierra, que tratando de vencer esa resistencia. Por otro lado, es necesario una vez más, mencionar la inserción de la pintura de esta artista en el arte mexicano del siglo xx y decir, al respecto, que la propuesta visual de Susana Sierra es heredera del informalismo catalán y, en parte, del expresionismo abstracto norteamericano. Capa tras capa, pintura sobre pintura, los cuadros de esta exposición parecen segregar un enigma indeleble y simultáneamente tenue. Este procedimiento explicado por su autora, nos coloca, desde el principio, frente a una pequeña historia escondida de la que, en una y otra superficie, quedan mínimos asomos, vestigios. Desde siempre, Susana valoriza de manera autónoma el espacio en el que luego engendrará análogos juegos iconográficos que, salvo excepciones, como algún rectángulo muy libre en su conformación, alternan el anuncio o el grafo final, interrumpido, de las formas. Al mismo tiempo, la pintora ha reducido el espesor matérico que antes definía no sólo la consistencia icónica de lo pintado, sino también un habla preformal. Ese habla continúa aunque, insisto, adelgazada; y sobre ella, Susana expande laberintos de trazos y señales, con las cuales completa la condición de habitabilidad del espacio, contra lo que se puede señalar como superficie o plano donde las formas simplemente se apoyan.

Con una apertura hacia tonos que exceden al gris, al negro y al siena, la autora utiliza en su último conjunto de cuadros, colores como el azul, el rojo, un naranja velado, el blanco tiza y el amarillo. Y junto a ellos aparece un despliegue de garabatos que, tal cual lo enuncia su nombre (garabato), componen la escritura del cuadro, una escritura asignificante, ignota, devuelta sobre sus propias modulaciones y grafismos, para nombrar, con toda la densidad del nombre, su arreferencial secreto. Además, la actual muestra incluye una serie de objetos o formas volumétricas y en relieve bien logradas: las esculturas o arte-objetos hechos con resina, cuyo interior guarda varias figuras realizadas en alambre muy estilizadas; estas mismas flores-alambres se repiten incrustadas en mallas metálicas.

Mientras haya pinturas abstractas o figurativas, que puedan interconectar la subjetividad entre el cuadro y el observador, así como entre el pintor y el observador, el acto pictórico estará cumplido. Lo digo de otro modo: mientras la pintura sea aún capaz de estremecernos, habrá valido la pena. Esto es lo que ocurre con las pinturas de Susana Sierra.